SABAU BERGAMÍN, GABRIEL

Valoraciones del monje jerónimo fray José de Sigüenza y su obra

REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL
LA CIUDAD DE DIOS
CCXIX - 2006

Valoraciones del monje jerónimo fray José de Sigüenza y su obra

A los cuatrocientos años justos y cabales de la muerte de fray José de Sigüenza, monje jerónimo profeso en primer lugar del Monasterio de Santa María del Parral (Segovia), y después del de San Lorenzo del Escorial, la valoración de su personalidad, vida y obras es todavía un tema abierto de estudio y se estima que aún queda mucho por decir sobre el gran historiador de la Orden de San Jerónimo.

Este singular fraile, uno de los más destacados siempre de la comunidad escurialense, de inteligencia preclara, vida austera, fe viva, fervor religioso, entrega sin reservas a su ministerio, fiel cumplidor de los deberes que le imponían los difíciles cargos que desempeñó en su Orden sin mengua alguna en el cumplimiento de las pesadas cargas que su Constitución imponía a sus monjes, tuvo un carácter tan recio y bien asentado que contra él nada pudieron las maquinaciones y persecuciones, injurias y calumnias que la envidia le desató. Dentro de sí sintió siempre una poderosa vocación hacia el estudio y la enseñanza, tanto en su forma oral como escrita, y con sus predicaciones y tratados y otros escritos ejerció un profundo influjo sobre los miembros de la Orden jeronimiana, tanto sobre los que fueron sus coetáneos como sobre los que tras él fueron llegando al Instituto, y todavía hoy sus escritos son la mejor sinfonía que escuchan los oídos de los jerónimos actuales, aún en momentos que parecen poco propicios para ello, como es el refectorio.

Ocasiones no faltaron, ciertamente (sobre todo cuando su docencia resplandeció limpia de toda mancha después del examen de la Inquisición), para que el fraile se hubiese adormecido en los laureles con que sus méritos fueron tentados. Primero Felipe II y después su hijo y sucesor, se valieron de su habilidad para encargarle difíciles y delicadas misiones dentro de la Orden, y aún fue nombrado dos veces prior de su Monasterio contra su voluntad; pero ni el constante contacto con el trono y la corte fue suficiente para lograrlo, y amparada su libertad en relación con los cargos que le ofrecía la Orden y sus monasterios por el propio Felipe II, puede decirse que toda su vida la pasó en su celda, como él mismo, como Maestro de Novicios, durante tanto tiempo había recomendado a sus educandos.

Con motivo de la celebración en 1963, del IV Centenario de la colocación de la primera piedra del Monasterio de San Lorenzo el Real, escribí en el número monográfico extraordinario que la revista madrileña *Goya* dedicó a la efemérides, un largo artículo sobre el desarrollo de la bibliografía hasta entonces aparecida relacionada con El Escorial. Un poco abrumado por el número de fichas que en aquel prematuro esfuerzo publiqué, y un tanto cansado de una parte, de ver lo poco que la literatura laudatoria había añadido a lo dicho por el P. Sigüenza y, de otra, algo aburrido por la reiteración de los mismos falsos argumentos en que se apoyaban los enemigos de Felipe II, hacia él que no disimulaban su rencor, trasladándole a su sin duda obra predilecta, después de hacer resaltar que la bibliografía escurialense había sido más que copiosa, concluía yo demasiado tajantemente afirmando que «de tan abundante como es esta bibliografía casi podemos decir que es excesiva. Que en verdad *sobra* no pequeña parte de lo que se ha escrito sobre El Escorial».

Hoy no habría escrito estas palabras porque después de haberse celebrado aquel primer Centenario de los varios que se organizaron para revisar con nuevo sentido crítico, sanamente crítico, lo que representó realmente en nuestra historia la construcción del Monasterio escurialense, ha sido tal el verdadero aluvión de buenos cuando no excelentes estudios sobre los múltiples aspectos estudiados, que una relativamente larga bibliografía que publicamos aquel mismo año en esta misma *Ciudad de Dios*, el bibliotecario Teodoro Alonso Turienzo, el agustino holandés Teewen y yo, inmediatamente quedó enana ante el número (y no digamos la calidad) de las publicaciones tocan-

tes al Monasterio que ya no dejaron (ni han dejado), de aparecer, poniendo bien claro de relieve todo lo que quedaba y queda por decir del Escorial. Y además y bien mirado, siempre puede encontrarse algo aprovechable hasta en el más falaz de los escritos, que incluso pueden ser útiles aunque sólo sea por las reacciones y esfuerzos que provocan para refutarlos. Buen ejemplo de esto fue la aparición de los furiosos textos reivindicativos del aparejador Amancio Portabales con sus exacerbadas revanchas o venganzas clasistas, que centró con inaudita saña contra el arquitecto Juan de Herrera: sus exabruptos produjeron de inmediato la reacción del agustino, también por entonces bibliotecario del Escorial, Luciano Rubio, cuyo fruto fueron los estupendos trabajos suyos, piezas desde entonces indispensables para toda investigación de la arquitectura monasterial, tema sobre la que claramente me dijo que nunca se le hubiera ocurrido tocar si no hubieran aparecido los libros de Portabales. Por eso no tengo reparo en rectificar mi juicio anterior sobre lo excesivo que se venía escribiendo sobre El Escorial: por eso y por otra consideración de mayor importancia todavía.

Y es que a medida que aumentaban mis visitas a archivos públicos y privados, me iba dando cabal cuenta de una cosa que me iba quedando cada vez más clara: que el hecho de que los autores que en el siglo XIX y primera mitad del XX, habían ido sencillamente copiando uno tras otro, al P. Sigüenza, hizo que prácticamente nadie, salvo alguna excepción, hubiese añadido algo nuevo sobre aquel fascinante panorama de la construcción del gran coloso de piedra. Fray José de Sigüenza, sí y gracias a Dios, escribió mucho de lo que iba sucediendo al pie de la Sierra de Guadarrama, pero Sigüenza, no se olvide, era un conventual que escribía para un fin concreto: historiar la Orden de San Jerónimo y bastante hizo en dar la extensión que dio en esa historia al convento escurialense. Lo malo fue que el valor literario de su libro resultara tan inconmensurable, que nadie osó después añadir nada o muy poco. Ante esa realidad, tan comodona además para quienes le plagiaban, cabe decir que lo que no dijo Sigüenza del Escorial, no estuvo en el mundo y que hasta que Quevedo y el P. Montaña no se acercaron a su modo a los documentos que dormían, señalando el buen camino a Zarco, Villalba y, en general, a tantos componentes de la increíble primera generación de investigadores de la comunidad agustiniana del Escorial, no se acudió, con generoso fruto, a las fuentes verdaderas de la historia escurialense, que pese a lo

mucho utilizadas ya, esperan aún en buen número a quien sepa seguir sacándolas sus revelaciones.

Con esto quiero decir que la experiencia de estos pasados centenarios, que han dejado docenas y docenas de magníficas publicaciones demostrativas de la gran cantidad y calidad de inteligentes e ilusionados investigadores preparados como nunca, abrirán nuevos horizontes y perfeccionarán los antiguos, y que por lo tanto no *sobra* nada de lo ya escrito, sino que *falta* mucho por escribir del Escorial, pues verdaderamente asombran las fuentes que nadie ha utilizado todavía; y por tal motivo se ha visto con la mayor satisfacción que *La Ciudad de Dios* haya tomado la iniciativa de promover la celebración del IV Centenario de la muerte del P. Sigüenza. Ni la figura ni la obra de tan insigne escritor en realidad hasta hace bien poco no ha suscitado el interés que sin duda merece, como bien se quejaba de ello con toda razón Lorenzo Rubio y ratifica Saturnino Alvarez Turienzo; pero estudios serios, completos, como Dios manda, en relación con la importancia y el mérito imprescriptible de su labor, a buen seguro que nos aguardan en los próximos meses o años.

En espera de ellos, y quizá de una gran biografía y de una edición crítica de su texto señero, parece oportuno indicar aquí que para la valoración total del P. fray José de Sigüenza y de su obra en relación con su tiempo, se podrían repasar y ampliar las valoraciones parciales ya existentes en parte, de algunas de las más destacadas facetas que presentó la múltiple actividad del escritor:

1.ª) La valoración de la propia personalidad del jerónimo.

2.ª) La valoración de su función monacal dentro del colegio y convento del Escorial.

3.ª) La valoración de sus verdaderas ideas religiosas, ortodoxamente católicas.

4.ª) La valoración de su obra escrita, tanto la didáctica como la teológica, histórica y literaria.

5.ª) La valoración de sus ideas estéticas, como aficionado y crítico de arte, y de su gusto artístico.

6.ª) Valoración global de la persona y obra.

I

Las mismas circunstancias personales de José de Sigüenza fueron siempre de por sí un total misterio, que hasta hace muy poco no ha podido ser desentrañado en su parte quizás más llamativa: la de su nacimiento u origen.

Su gran admirador D. Juan Catalina García puso todo su empeño en aclarar su genealogía, nacimiento e infancia, pero ni siquiera le fue posible averiguar cuál fuera su apellido familiar. Es bien sabido que en la Orden de San Jerónimo la práctica era que en el acto de la profesión, el novicio cambiaba su nombre por otro, compuesto por el de algún santo o misterio de su devoción, seguido del lugar del nacimiento propio. Pese a ello, Catalina García pensó primero que en este caso, Sigüenza era en realidad el propio apellido del escritor, como del mismo modo algún investigador escurialense ha sostenido que Toledo fue el apellido del célebre arquitecto; pero pronto Catalina, ante el fracaso que tuvieron sus gestiones para averiguar la filiación del mozo siguiendo este imaginado gentilicio, se atuvo a la costumbre jerónima y afirmó que el futuro fraile había nacido en la ciudad de Sigüenza. Gozoso de ese paisanaje por el que en cierto modo se sintió más unido al escritor, pues él era alcarreño, decidió en 1897, cuando fue elegido académico de la Historia, hacerle objeto de su Discurso de Recepción, y de ahí surgió el encendido *Elogio* que poco tiempo después iba a servir también de *Prólogo* a la edición de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, que hizo la Nueva Biblioteca de Autores Españoles (1907).

«La costumbre de los religiosos de la Orden de San Jerónimo, decía Catalina al comenzar su *Elogio*, de perder el apellido propio para tomar otro... , hace inútiles las pesquisas enderezadas a conocer la famila de fray José, que acaso quedará eternamente en el olvido». Ni sus indagaciones ni la larga y minuciosa búsqueda que a su ruego emprendió su amigo Román Andrés de la Pastora por los archivos civiles y eclesiásticos de Sigüenza, encontraron el menor rastro para el cumplimiento de sus deseos, no obstante lo cual el académico no se resignaba a no decir nada sobre los desconocidos progenitores del niño y al fin salió del trance recurriendo a la folletinesca fórmula, muy de los novelones de la época en que escribía, diciendo galanamente que «fray José nació de padres honrados y nobles, aunque hoy no conocidos». Si no los conocía, ¿por qué les adornaba con

los calificativos que les dedicó? Quizá lo hizo confiado en la posibilidad que había insinuado, de que la familia «acaso quedará eternamente en el olvido».

No ha sido así y la reciente publicación del proceso que la Inquisición abrió al P. Sigüenza ciertamente que ha venido a dejar en evidencia al biógrafo. El maestro de investigadores Gregorio de Andrés Martínez, fallecido hace muy poco tiempo, siguiendo la pista abierta por Enrique Carlos Lea y haciendo gala de su habilidad habitual y reconocida constancia, localizó el texto que dormía en el archivo de manuscritos de la Universidad alemana de Halle, donde llegó a mitad del siglo XIX como consecuencia de una subasta de legajos procedentes de la Inquisición de Toledo. El proceso, que es todo un estupendo instrumento procesal que habla bien fuerte a favor del modo de proceder de tan atacado tribunal, facilitaba muchos datos sobre José de Espinosa, que tal era el nombre que el acusado confesó ser el suyo, en contra de la igualmente aventurada afirmación que había hecho D. Elías Tormo en 1918, que en su Discurso de Ingreso en la misma Real Academia, decía con aplomo que *tenía por seguro que aunque ninguno de los biógrafos del religioso lo había dicho, su apellido era Figueroa;* y sobre los padres «pobres y honrados» que escribía Catalina García, por el mismo proceso y palabras del mismo acusado ahora sabemos con luz cierta que su padre, Asensio Martínez, era un canónigo sochantre de la catedral de Sigüenza y su madre una buena señora casada en primeras nupcias con un tal De Franca, con quien tuvo dos hijos; pero que ya viuda hubo otras dos hijas naturales, cuyo padre no recordaba el P. Sigüenza como se llamaba, y por último, y con el clérigo indicado, al propio fraile y a su hermana Matea de Espinosa.

Loa, norteamericano, hizo su descubrimiento del proceso en 1907, es decir, antes de que Zarco y el también agustino Luis Villalba elaboraran sus notas biográficas de Sigüenza, y publicó en su país un amplio resumen del documento, «verídico y fidedigno», según le calificó el propio Gregorio de Andrés; pero como ni el autor ni su escrito fueron divulgados en España, no fue tenido en cuenta por los historiadores españoles, pues aunque Zarco volvió sobre el tema en 1917, señalando ya los «doce» puntos de la acusación, no parece que utilizara directamente el escrito del yanki, por lo que Marcel Bataillón, que según Gregorio de Andrés fue «quien últimamente ha historiado el proceso del P. Sigüenza de un modo magistral en su fa-

mosa obra *Erasmo y España*», en 1926 pudo señalar al P. Zarco como la persona que mejor había estudiado el tan traído y llevado proceso. Esto ya no es así, de todos modos, por obra y gracia precisamente del mismo Gregorio de Andrés, que en su publicado libro *Proceso inquisitorial del P. Sigüenza*, editado por la Fundación Universitaria Española en 1975, no sólo incluye íntegro todo el proceso, sino que le precede de un estudio tan bueno y completo como todos los suyos, sobre el P. Sigüenza y su proceso y las peripecias que éste sufrió antes y durante las actuaciones. Y no contento con ello, no olvidó el tema y cinco años después, en 1980, con ocasión de un simposio sobre la Inquisición Española celebrado en Cuenca, todavía aportó *Nuevos datos sobre la genealogía del Padre Sigüenza*. Luis Auberson, en el *ABC* de Madrid del 24 de octubre de 1975, apostilló lo dicho, con su artículo *Hallazgo del proceso inquisitorial del P. fray José de Sigüenza*, y volvió sobre el tema con otro escrito, «*El P. fray José de Sigüenza, hijo insigne de la Alcarria*», que salió en *Flores y Abejas*, de Guadalajara, el 29 de septiembre de 1982.

Con esto y con otros nuevos datos desperdigados en otras publicaciones modernas, bien se puede revisar a fondo todo lo dicho anteriormente sobre tan delicado tema, para ir completando el historial del monje, sobre la base ya tan lejana de las notas sepulcrales que le dedicara ingenuamente fray Nicolás de Santiago, aunque creo que falta por localizar y utilizar otra importante pieza como posible fuente de noticias sobre José de Espinosa antes de que profesara, pues como es sabido, y no han faltado críticas al respecto, en la Orden de San Jerónimo se guardaba con todo rigor lo dispuesto sobre la «probanza de limpieza de sangre y vida y costumbre» de quienes querían ingresar en ella. Ante la petición del pretendiente, el prior del Monasterio interesado disponía la apertura del oportuno expediente, para lo cual se enviaban dos frailes conventuales a la residencia habitual del dicho pretendiente, quienes con información testifical y otras pruebas que estimasen convenientes, recogían los datos que se requerían y se volvían con ellos a su casa, elevando su informe, y a la vista de éste, que se archivaba en el Monasterio, se recibía o no a la profesión al novicio peticionario. El futuro P. Sigüenza hizo su primera profesión en el Monasterio del Parral y por tanto allí debió tramitarse su información, en la que sin duda figurarían las noticias que se les habían facilitado a los padres exploradores.

Cuando años después, y al parecer por indicación del rey, decidió pedir su traslado al Monasterio de San Lorenzo, en éste hizo una segunda profesión según era uso de la Orden, pero no creo que necesitase una segunda indagación sobre su limpieza de sangre. Ahora bien: la información precedente ¿quedó en El Parral o se envió a San Lorenzo con el fraile? Yo no he visto ni rastro de ella en la ingente masa de documentos que llevo examinados, pero no por ello voy a decir que no exista o que se haya perdido irremisiblemente. Pero si no existe, ¿es que nunca se hizo o que se destruyó? Ahí queda la pregunta, que en sí, desde luego, hoy no tiene importancia alguna, pues cada uno es hijo de sus obras y no de las de sus antepasados. Aunque claro está que si a instancia de alguien el documento fue destruido, si lo fue para ocultar la ilegitimidad del novicio, bueno sería saberlo para entender si esa tacha era o no conocida por el entorno del P. Sigüenza, por lo que hubiera podido haber influido en su psicología y en la formación de complejos y de aquel carácter adusto del que tanto se habló. Yo particularmente puedo aportar el dato de que por carta de Felipe II a su embajador en Roma, el conde de Olivares, fechada en «San Lorenzo», el día 30 de junio de 1590, Felipe II contesta a la que el conde le dirigió el 16 de mayo, y le da las gracias por haberle remitido la minuta de la bula de erección y desmembración de la parroquia del Quejigar y la habilitación de fray Alonso de Santa María, y le indica que siga trabajando para conseguir las otras dispensas pendientes que tanto se retrasaban, y entre las que estaba la de fray José de Sigüenza. No sé yo si esta dispensa sería para la segunda profesión del monje en San Lorenzo, pues a mi entender estas licencias eran cosa del General de la Orden, o para qué, o tal vez fuera porque en la primera profesión no se supiese ciertamente que el caso estaba agravado por la condición eclesiástica del padre y luego se quiso subsanar defectos.

II

Por lo que se refiere a la valoración de la conducta del P. Sigüenza como monje, no parece que haya que preocuparse mucho ni añadir nada a lo ya conocido, pues que yo sepa en este aspecto Sigüenza nunca fue atacado. El fraile fue un perfecto cumplidor de su cometido en cuanto miembro activo de la comunidad escurialense y no parece lícito dudar de las pala-

bras que están puestas por manos de fray Nicolás de Santiago en su memoria sepulcral.

III

El punto más delicado de la vida del P. Sigüenza en aquel complicado siglo de tan profunda crisis religiosa, sin duda, fue el de su ortodoxia católica. Puesto en contacto con Benito Arias Montano para la organización, arreglo y catalogación de la Biblioteca Real que se estaba formando en el Monasterio de San Lorenzo, el ayudante se quedó materialmente deslumbrado por la personalidad del maestro y él mismo confiesa que su vida e ideas quedaron al instante transformadas, y que cambió radicalmente hasta de estilo, abandonando para siempre las flores y galanuras que había procurado utilizar antes en sus piezas oratorias, pues la grandeza de la misión evangelizadora exigía predicar el Evangelio sin las fábulas y leyendas con que muchos procuraban adobar su texto, cosa que él habría de evitar en el futuro. Esto hirió de lleno a fray Cristóbal de Zafra, que era rector del Colegio de San Lorenzo, y que mezclaba constantemente fábulas, leyendas y ejemplos profanos en sus predicaciones, y juntamente con el prior fray Diego de Yepes, parece que tramaron todas las acusaciones contra Sigüenza en cuanto a la pureza de su fe y doctrina.

Ante la acusación, fray José no se amilanó un punto y sostuvo sus posiciones, no sin hacer ostentación de su acatamiento total a la Iglesia; y ante la falta de toda prueba en contrario y de las declaraciones favorables de los numerosos testigos llamados por ambas partes, el fraile encartado quedó absuelto de toda culpa y en su sentencia declaraban los jueces por unanimidad: «*Fallamos atento los autos y méritos de este proceso, que debemos absolver y absolvemos al dicho fray José de Sigüenza de la instancia de este juicio de contra él pedido y acusado por el fiscal de este Santo Oficio y de esta nuestra competencia*». Aprobada la sentencia por el Tribunal de la Suprema, el asunto quedó cerrado y la vida del P. Sigüenza transcurrió normalmente hasta su fallecimiento en el Monasterio del Escorial, del que por dos veces fue designado prior tan pronto como quedó finalizada la actuación judicial.

Es curioso, a este respecto, observar cómo la impecable actuación que desde el punto de vista procesal guardó en todo

momento el órgano judicial interesado, ha sido tachado de complaciente cuando no de débil y acomodaticio e incluso sumiso a la autoridad real, que así lo habría dispuesto. Repito que cualquiera que lea hoy el proceso, lo que es muy fácil dado que como ha quedado indicado, todo él está publicado por Gregorio de Andrés, verá una estupenda actuación profesional de los jueces, ahora atacada por los mismos que se suelen llenar la boca de improperios contra la crueldad y toda clase de abusos y maldades que se suelen achacar a la Inquisición, y que con la divulgación del proceso del P. Sigüenza se ven desautorizados. Y en cuanto a una posible intervención personal de Felipe II para que el fraile obtuviera toda clase de favores, los que así hablan no parecen conocer el modo de proceder del monarca en estos casos de justicia, en que se abstenía por convicción de ejercer la menor presión sobre los magistrados. Creo tener bien probado esto en una bastante exhaustiva investigación que publiqué en 1985-1986,en el Anuario Jurídico Escurialense, números XVII y XVIII, sobre *Privilegios procesales del Monasterio de San Lorenzo del Escorial,* pp. 317-419; y sobre el tema de la independencia judicial bajo Felipe II espero poder volver a propósito de la financiación y pago del retablo de la capilla mayor de la Basílica del Monasterio. Pompeo Leoni y sus socios recibieron para empezar la obra una fuerte suma de veinte mil ducados adelantados, que ellos depositaron en unos banqueros milaneses que al muy poco tiempo quebraron. Los desesperados artistas quisieron en vano que el rey declarara que el dinero era suyo, pues de esta manera gozaría de gran preferencia su reintegro con los fondos que se les fueran ejecutando a los banqueros. El alcalde de casa y corte a quien tocó el conocer del asunto no veía que eso fuera así, pues pensaba que el rey, al entregar la suma en cumplimiento de lo estipulado para la realización de la obra, se había desprendido de su propiedad, que había pasado a los componentes de la sociedad que habían formado los constructores, y fueron vanas todas las quejas y lamentos con que Pompeo Leoni y Jacome de Trezo intentaron conseguir su propósito de convencer al rey.

Muerto Sigüenza, la cosa no quedó del todo resuelta en paz, pues los protestantes, y otros amigos de Erasmo de Rotterdam, en su deseo de exaltar a éste y a sus doctrinas, quisieron sacar partido a la idea de que Arias Montano había aceptado éstas o parte de éstas, y ya puestos en este camino, que a través de él Sigüenza, Alaejos y otros frailes escurialenses, habían formado

en pleno Monasterio del Escorial, una secta clandestina directamente enlazada con el pensamiento de Erasmo: la «familia del amor», que defendía que sólo los Evangelios desnudos habían de ser predicados, sin darle valor alguno a la Iglesia ni a sus doctores ni a los santos. Estas cosas pueden encontrarse en el libro de Ben Rekers, *Arias Montano*, cuya edición española vio la luz el año 1973. El agustino escurialense P. José María Ozaeta ha refutado adecuadamente las interpretaciones partidistas en grado sumo del autor, en sus excelentes trabajos que no dejan lugar a dudas.

IV

Con todo lo dicho hasta aquí, con el hecho incontrovertible de que la *Historia* del P. Sigüenza, especialmente en lo referente al Monasterio del Escorial, haya sido y sea la fuente por excelencia de todos cuantos han escrito sobre la *Octava Maravilla* y la narración que ha embelesado a todos los que se han interesado en conocer las peripecias de la fundación y construcción del convento-panteón escurialense, ¿cómo ha podido ser que en cuatro siglos de constante cita y elogio, no se haya producido un estudio definitivo sobre figura tan señera de la Orden de San Jerónimo y de la literatura española?.

Por el contrario, la fama, credibilidad y valoración de la creación del monje ha conocido dos etapas de crisis, la primera en vida suya, que culminó con el proceso en que le enredaron otros monjes compañeros suyos, como se acaba de decir y a la que puso punto final, como hemos visto, una justa e imparcial sentencia del Tribunal de la Inquisición. La otra crisis es actual y su origen y causa es totalmente distinta. Hoy hay una tendencia que va tomando paulatino incremento, debida a los nuevos investigadores, generalmente técnicos de la construcción, que creen descubrir errores y hasta falsedades en las apreciaciones que fray José de Sigüenza en relación con la planificación y edificación del Monasterio de San Lorenzo, echándole en cara, a fin de cuentas, un descarado afán de sublimizar la actuación y el papel de los religiosos en ello y una especie de premeditada minoración hacia los arquitectos en beneficio de aquellos.

La valía, el talento del P. Sigüenza ciertamente que le proporcionó el respeto y la gran estimación de Felipe II. Apenas el rey tuvo las primeras noticias sobre sus actividades, primero

como colegial del gran centro de enseñanza superior que el propio monarca había fundado y dotado con toda ilusión en el Monasterio escurialense (pero para el servicio de toda la Orden), ya parece que le siguió la pista con toda atención. El citado colegio de San Lorenzo nació como la prudente respuesta de Felipe II a las malévolas insinuaciones y quejas de otras órdenes religiosas que pretendían el colegio real para sí, alegando como supremo argumento que los jerónimos no sacarían fruto de él, pues la propia esencia del instituto, con su larga jornada dedicada por encima de todo a la contemplación y a un continuado culto en el coro, no les dejaba tiempo para dedicarse a unos estudios que dada su vida de retiro, de nada les iba a servir, y cuya prueba era que hasta la fecha la Orden indicada no se había distinguido mucho en tener frailes cultos. El rey escuchaba en silencio estas y otras lamentaciones de mejor o peor gusto y caridad, pero en su pensamiento se mantenía firme en su idea inicial de entregar el gran santuario de la Monarquía española a San Jerónimo, precisamente porque por su continua dedicación al culto divino y rezo de todas las horas canónicas sus monjes se le antojaban los ideales para cumplir su pensamiento de hacer del nuevo convento como el centro espiritual de su imperio, donde nunca se dejase de orar, ni de día de noche, por el buen gobierno de los reinos hispanos y por el eterno descanso de los reyes que en él quisieran sepultarse. San Lorenzo del Escorial, puede decirse, en la mente del rey había nacido jerónimo y jerónimo fue. Ahora bien, el rey sabía que alguna o mucha razón había en la acusación de que aquellos monjes no eran muy cultos y se propuso remediarlo a la chita callando.

El rey, sin reparar en gastos, hizo lo mejor que se podía hacer: dotarles de un colegio propio, donde teniéndose muy en cuenta las severas reglas conventuales en cuanto al culto, sus miembros se fueran culturizando, y no sólo los que se habían de quedar de por vida en El Escorial, sino que para que el beneficio llegase a toda la Orden, el rey tuvo la generosa previsión de disponer que al nuevo centro de enseñanza hubieran de acudir a todos sus cursos miembros avispados de todos los monasterios jerónimos, en número en proporción a sus respectivas comunidades. Otras medidas indican el tiempo que se tomó el rey para pensar en la perfección de la enseñanza, y así, consciente de que en aquellos momentos la Orden no dispondría de los profesores adecuados, acabó disponiendo, a sabiendas del

disgusto que iba a dar a los frailes, que los catedráticos no fuesen monjes encerrados en las soledades de sus apartados cenobios, sino profesores en activo de las principales universidades del reino (Alcalá y Salamanca, especialmente), a los que se les traía con buenos emolumentos por cuatro años (el tiempo que duraba cada ciclo formativo). A cambio, los estudios eran reconocidos como válidos oficialmente en esas universidades. Cuando los estudiantes recibían sus grados, volvían al servicio de sus casas de origen para ir ocupando sus puestos de responsabilidad, y así pensaba el rey que la Orden no tardaría en cobrar un nivel cultural suficiente y continuado.

La prisa que en todo lo relativo a la fundación del Escorial imponía el monarca, le aconsejó adelantar la fecha de funcionamiento para acelerar la formación de las primeras promociones, pues esperar a que el grandioso edificio monasterial estuviera totalmente acabado hubiera supuesto retrasar en demasía el ver graduarse aquellos muchachos que pedían ya el ingreso. Para remediarlo, el rey dispuso, de acuerdo con los jerónimos, claro está, que el colegio se instalase en la antigua abadía de Párraces, que había sido anexionada a San Lorenzo, para que una vez hecha la adecuada instalación provisional, los cursos comenzasen inmediatamente y que no se perdiese tiempo en mudarlo al ala del Monasterio que se le había destinado. Conviene recordar esto, porque en algún biógrafo de Sigüenza parece haberse advertido confusión cuando dice que estudió en los colegios de Párraces y del Escorial. Las dos sedes fueron el mismo colegio: el de San Lorenzo el Real.

Una vez admitido Sigüenza en el Parral, este convento le designó inmediatamente para ser colegial y el muchacho, debió ver de paso las obras del Monasterio, precisamente cuando estaban como las representa el célebre dibujo que hoy se encuentra en Inglaterra. Llegó a Párraces y al momento se distinguió por su facilidad y gusto para los estudios, y siguió componiendo poesías, de las que ya llevaba algunas compuestas. Cuando volvió al Parral, la «cultura» ya había bien prendido en su mente, y su inteligencia natural había hecho el resto: el joven fray José de Sigüenza era toda una promesa, y el rey quedaba bien informado de ello. A su debido tiempo interesó su marcha al Escorial, ya para ser profesor del colegio definitivamente instalado en el Sitio, y cuando Arias Montano llegó para ordenar la biblioteca, el rey sabía que el mejor ayudante que le podía dar para acompañarle en sus tareas y para que, a su vez, se fuese

formando a su imagen y semejanza, era fray José. Así se hizo y para Sigüenza la amistad del sabio representó toda una involución, que si bien le proporcionó el sinsabor del proceso, a la postre fue el origen de su bien ganada fama

En cuanto a la segunda de las fases críticas que han quedado señaladas, aunque su aparición es más bien actual, en realidad nació también, aunque oscuramente, en los primeros años de actuación del religioso. Ya se ha indicado que cuando escribía sobre la construcción del Monasterio de San Lorenzo, el monje historiador barría para casa: en cuanto podía, atribuía todo lo bueno de la empresa a los frailes, que desde que comenzaron los trabajos quiso Felipe II que estuvieran presentes tanto para que su presencia vigilase la marcha de las obras, que él quería que fuesen siempre «a toda furia», como repetía una y mil veces, como para que asesorasen a Juan Bautista de Toledo sobre las necesidades que una comunidad, tan grande y desusada como la pensada, habría de tener y que era preciso tenerlas bien sabidas y resueltas de antemano, y eso se haría mucho mejor sobre el terreno y día a día, que no sobre trazas y monteas de año en año. Pero aquí fue cuando comenzó esa cierta debilidad por parte del historiador, que al escribir su libro muchos años más adelante, con la magnífica perspectiva del grandioso edificio totalmente triunfante y alabada, sintió la tentación de glorificar el papel desarrollado por los monjes, aún a costa de los méritos propios de los técnicos y de los administrativos por llamarles ahora así, que, integrados en la «Congregación de la fábrica», pusieron todo su esfuerzo y entusiasmo en que el éxito final se alcanzara como se alcanzó.

En este sentido, no es difícil encontrar hasta verdaderas puerilidades en esta tendencia del monje escurialense, que quiso hasta mostrar como iluminado e infalible al modesto corista que fue fray Antonio de Villacastín. Este ser natural y siempre sencillo, que fue un verdadero ángel custodio de la obra y cuya presencia era omnipresente en cuantos papeles representó con una infatigable actividad que le hacía estar siempre en el lugar oportuno y en el tiempo preciso, con un asombroso conocimiento de los seres humanos que a cientos tuvo bajo su mando, con una noticia de la construcción que no dejaba que nunca le dieran gato por liebre, con un trato siempre justo que le ganó toda la confianza de los laborantes, que pronto aprendieron que en sus diferencias y pendencias la voz del que llamaban «padre», pero que por escrúpulos de conciencia nunca

fue sacerdote por no sentirse digno de ello, les señalaría la postura justa, con una lealtad, en fin, hacia su rey y su obra que jamás defraudó, no necesitaba, desde luego, que nadie le atribuyese exageraciones y falsos oropeles para brillar si no como el alma de la construcción, sí como una de las grandes almas de que constó la obra del Escorial. Pero en esto el P. Sigüenza no supo tomar la justa medida, y de ahí a hacerle el héroe de todo, hay mucha distancia. Ejemplos: cuando el rey decidió duplicar el número de celdas para alcanzar el número de frailes que el constante aumento de fines requería para la fundación real, dice seriamente Sigüenza que el fraile obrero le dio la solución cuando aconsejó llanamente duplicar la altura de la parte del convento y colegio, que se había proyectado a la mitad de lo que luego fue. Cuando el motín de los canteros amenazó la continuidad de los trabajos, dice el P. Sigüenza que fue Villacastín quien lo solucionó con sus consejos al alcalde mayor de la villa del Escorial, que fue quien lo había motivado, con lo que el suceso duró veinticuatro horas, y para que una posible huída de obreros demandados no dejase sin brazos la obra, cuando apresuradamente llegó el rey por primera y única vez con una fuerte escolta, le persuadió de dar un perdón general, aduciendo el argumento de que les habían engañado y de que sólo habían pecado de asnos, cosa que a mi parecer hay que achacar al fiel Juan Cabrera de Córdoba, uno de los héroes del asalto a San Quintín, de donde el rey, testigo de su hazaña de subir casi solo al campanario de la catedral para hacer ondear el pendón real, lo que provocó la inmediata rendición de la plaza, le trajo al Escorial. Otro: cuando el rey se sintió agobiado por la angustia de morir antes de ver acabado el Monasterio, dice Sigüenza que Villacastín le dio la solución. «Si vuestra Majestad quiere más prisa, ponga más cabos» (es decir, más sobrestantes), dice que le dijo. Otro ejemplo de esta manía casi ridícula de aprovecharse el cronista, fue cuando al escribir sobre el formidable Andrés de Almaguer, que era veedor, juez de fábrica y alcalde mayor a la vez, y que tuvo una actuación a veces decisiva en diversos momentos delicados de la obra durante los diez años que duró su estancia en El Escorial, cuando el rey le nombró para alcaide del Bosque de Segovia, cuenta Sigüenza con evidente enfado, que el rey le concedió privilegio de nobleza y un escudo con las parrillas, lo que le parece una exageración injustificada. Lo que sí que estaba más que injustificada es la salida de tono del comentarista, que pasaba por alto, puede ser que por ignorancia, eso sí, los enormes

servicios que en todo momento prestó Almaguer al rey y que gracias a su destreza salió más de una vez de los apuros de orden económico que amenazaron con paralizar la construcción en los primeros años. Y en cuanto al escudo que encendió los reproches del cronista, he de decir que yo he tenido ocasión de ver en Simancas el privilegio original, con el escudo en él pintado, y que para nada figuran las tales parrillas escurialenses.

Otra notable salida de tono del buen cronista, que podría alegrar a los que sostenían o sostienen su carácter áspero y desagradable, la tuvo cuando en la parte de su historia que se ocupa de la fundación de cada convento de la Orden, al llegar al monasterio de San Jerónimo de Espeja de repente se desahoga contra el fundador, el célebre obispo del Burgo de Osma y cardenal de España, Pedro de Frías, al que pone de *chupa de domine* sin necesidad alguna, pues vivió un siglo y medio antes. Pero por estas pequeñeces que vendrían simplemente a recordar, creo yo, que fray José era hombre y no ángel, ¿se va a depreciar el valor de todo un ejemplo de vida monacal y al autor de un libro que deleita a cuantos lo leen?

Dentro de la inclinación general que Sigüenza sintió seguramente desde sus primeros años, hacia las letras y su ejercicio, la producción literaria del monje fue en verdad variada y no escasa. En 1973, Lorenzo Rubio González, en *Studia Hieronimiana*, la obra colectiva con que la actual Orden de San Jerónimo celebró el VI Centenario de su fundación, publicó un muy completo estudio de esa producción, en el que señalaba cada faceta que ofrecían los escritos de fray José: se llamó *Estudio crítico de los valores literarios de fray José de Sigüenza* y a él debe acudir quien quiera tener una excelente visión de conjunto de las obras de este prolífico autor, pues como bien dice Rubio, «es una realidad evidente que el P. Sigüenza no ha sido conocido hasta ahora ni siquiera aproximadamente», conclusión a la que, por su parte, llegó también Saturnino Alvarez Turienzo en su *El Escorial en las letras españolas,* como se verá.

La primera faceta que inicialmente aportó Sigüenza fue la poética. Versificó antes y después de su ingreso en el claustro, pero en general versos poco valiosos, demasiado conceptuales, demasiado didácticos, *que no llegaban.* Su autor se fue desengañando de sus posibilidades poéticas y seguramente por eso, y porque al fin y al cabo no estaban en consonancia con su austera vida monacal, lo fue dejando y cuando su amistad con

Arias Montano le cambió totalmente afición y estilo, se borró definitivamente del género. Además de Rubio lo han estudiado bajo este prisma la argentina Dolly María Lucero, doctorada en la Universidad Central de Madrid con una tesis titulada *Influencia del Escorial en la literatura española,* de la que sólo se publicó, que yo sepa, la parte titulada *El Escorial en el Barroco* (Cuadernos del Sur, nº 2, 1958. Universidad de Bahía Blanca, Argentina), lo que es una verdadera pena porque el espigueo que hizo la autora en la literatura española fue verdaderamente notable. Juan González en 1853 y en el preámbulo de la *Vida de San Jerónimo,* ya incluyó algunas poesías de Sigüenza; Raimundo González Manuel en 1919 escribió en *La Ciudad de Dios,* un artículo que tituló *El padre Sigüenza considerado como poeta,* y Gabriel Menéndez Plancartel y Sor María Gonzaga Menguer, *Fray José de Sigüenza, poeta e historiador,* en 1944, en México. Del mencionado Rubio son también *Valores literarios del P. Sigüenza* (1976, Universidad de Valladolid), e *Introducción a la obra literaria de Fray José de Sigüenza* (*La Ciudad de Dios*, 1977, pp. 143-147).

Parece aceptada la opinión de que la poesía no fue el fuerte del P. Sigüenza. Muchísima más importancia había de tener su obra en prosa. No hace falta perder ni un minuto en insistir sobre el valor de la misma. Sin la menor vacilación está admitido que Sigüenza fue o es el mejor prosita en lengua castellana del siglo XVI. Su historia de la fundación del Monasterio de San Lorenzo se lee sola, yo la leía tantas veces que casi me la aprendí de memoria, la tuve poco menos que como un catecismo del escurialense. Es la gran joya del P. Sigüenza y tras ella, solitaria en su preeminente sitial, sus otras obras se pueden clasificar en dos grandes grupos: las didácticas y las históricas.

Llegado al Escorial tras sus años en El Parral, el P. Sigüenza fue nombrado Maestro de Novicios , cargo que le agradaba, y su primera preocupación fue ir escribiendo un libro donde pudiera condensar sus ideas y experiencias para la docencia a que se inclinaba. Así surgió su *Instrucción de Maestros, Escuela de Novicios. Arte de perfección religiosa y monástica,* alabada por el agustino Luis Villalba. Después de Rubio, ha tratado esta docencia escrita J. Carlos Vizuete Mendoza en *Novicios, Maestros y la obra de fray José de Sigüenza,* en el simposio que sobre «La Orden de San Jerónimo y sus Monasterios» organizó la Universidad María Cristina en 1999.

Otra obra de carácter didáctico fue *Historia del Rey de los Reyes y Señor de los Señores*, sobre la que también Villalba derrochó elogios, diciendo que fue «la obra sin duda alguna la más concienzuda de su talento y la que más le acredita como pensador en aquel linaje de filosofía teológica que constituye el centro y eje principal de un sistema apologético de la verdad cristiana, muy en uso en la época en que escribió».

La *Vida de San Jerónimo* fue en realidad el tomo primero de su Historia de la Orden y como tal tenida siempre por los mismos jerónimos. Fue publicada como libro independiente en 1766, según una recopilación del P. fray Lucas de Alaejos.

En cuanto a la espiritualidad de los escritos del P. Sigüenza, dejamos el sitio a quien debe ocuparlo, que en primer lugar es, naturalmente, fray Ignacio de Madrid, General que ha sido de la restaurada Orden y prior de varios de sus monasterios, quien en sus escritos ha puesto bien de manifiesto cómo por haberse perdido la continuidad de la tradición en su Orden como consecuencia de su desaparición durante tanto tiempo, la lectura de textos del P. Sigüenza es la mayor fuente de espiritualidad jeronimiana para los monjes hoy. La francesa Odette d'Allerit ha escrito repetidamente sobre el tema y en *José de Sigüenza, maestro de espiritualidad contemporánea*, de Lorenzo Roselló Alcina, se puede ver el estado actual de la cuestión, que B. Jiménez Duque ha estudiado desde el punto de vista de sus fuentes.

V

Cada vez más se va abriendo entre los comentaristas y críticos del Monasterio de San Lorenzo del Escorial la convicción de que el P. Sigüenza poseía un excelente gusto artístico, casi podría decirse que innato, puesto que es difícil explicar su existencia en un muchacho de veintidós años que sólo había cursado algunos estudios no muy profundos en la Universidad de Sigüenza y que después de su estancia en el cerrado colegio del Parral pasó su vida en la celda, sin viajes y sin experiencias artísticas de ninguna clase hasta que llegó al Escorial.

Claro está que hubo dos circunstancias especiales que le hicieron desarrollar ese sentido artístico. En primer lugar, su proximidad a hombre tan sensible en esta materia como fue Felipe II, y precisamente en el momento en que estaba metido

de lleno en la acuciante tarea de llevar a cabo la decoración del Monasterio del Escorial: un Felipe II ya considerado como un auténtico y activo mecenas de todas las artes y del que a buen seguro recibiría constantemente orientaciones para arreglar a su gusto las dependencias monasteriales que iban siendo rematadas. Y además, el hecho de que por haber llegado precisamente Sigüenza al Escorial en ese instante crucial, el rey le pedía continuamente asesoramiento religioso para las pinturas que se iban desarrollando. Prueba de esto es que de Sigüenza fuera la planificación total de los frescos que tan bellamente adornan la gran sala de la Biblioteca. Cecilio Barberán ya en 1964 escribió y bien en *La Ciudad de Dios,* sobre *El P. Sigüenza como crítico de arte de las pinturas del Monasterio del Escorial.*

Al mismo tiempo, piénsese que en El Escorial se vivía entonces una febril actividad ante su ya más cercana inauguración. Los artistas de todas las ramas habían sustituido a los canteros, carpinteros y albañiles en aquella pacífica y gozosa invasión del lugar que se produjo para abrir los cimientos y construir los fuertes muros. En El Escorial se formó una verdadera colonia principalmente italiana, de pintores, escultores, orfebres y toda clase de finos trabajadores, que iban poniendo en perfección a la *Octava Maravilla.* Con su trato diario, con la observación directa de su trabajo cotidiano, con las constantes conversaciones sobre el planteamiento de los distintos programas artísticos a desarrollar bajo la verdadera dirección de un monarca entendido, la inteligencia natural del P. Sigüenza asimilaba fácilmente las enseñanzas que la práctica le mostraba cada día y el hombre, casi sin darse cuenta, fue desarrollando un indudable sentido del arte que, en general, se le ha reconocido.

Las ideas estéticas del P. Sigüenza están expresadas sobre todo en su Historia de la Orden de San Jerónimo, y más que nada en la extensa parte de ella dedicada al Escorial, pero no de una manera sistemática y con fines más o menos didácticos. El monje va dejando sus impresiones y opiniones esporádicamente, a lo largo de sus «discursos» o capítulos en los que distribuyó la narración de los hechos y la descripción del Monasterio y sus dependencias, cuando la ocasión le daba lugar a incluir sus apreciaciones personales sobre tal o cual artista o sobre tal o cual cuadro o escultura. Su escuela, se repite, fue el trato personal con la mayoría por no decir todos los que en El Escorial pintaron o esculpieron y a los que a cada paso topaba en sus trabajos o en los ratos de descanso y ocio por los

bellos alrededores del Monasterio. También fue teniendo a su disposición la rica colección de estampas y grabados que iban llegando de todas partes para la Biblioteca y que, pese a las inevitables pérdidas que produce el tiempo, hoy podemos admirar y valorar merced al buen trabajo que en su estudio y exposición ha realizado José María Gonzales de Zárate en la monumental edición de su *Real Colección de Estampas de San Lorenzo del Escorial.* Ya se había producido algún apreciable estudio sobre esta colección, como el muy completo de Aurora Casanovas, *La Colección de grabados del Escorial,* que apareció en 1963 en *Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona;* pero la obra impresa en Vitoria, entre 1992 y 1995, por la institución Ephialte en colaboración con el Patrimonio Nacional, supera todo lo conocido hasta entonces. En sus diez tomos reproduce fotográficamente, estudia y comenta las casi cinco mil estampas que se conservan, no omitiendo la bibliografía referente a cada una de ellas y la semblanza de sus autores. Tampoco puede callarse una referencia a la labor maravillosa, callada e incesante de los grandes iluminadores que en el propio Monasterio iban haciendo la asombrosa «librería del coro», que con sus doscientos y pico grandes cantorales es un auténtico museo de pintura religiosa, hoy casi por completo olvidado, aunque de esperar es que pronto se acabe esta situación, merced a la publicación de todos los tomos, que preparan algunos agustinos. Los miniaturistas que realizaban aquella maravilla trabajaban y aún algunos vivían en el mismo Monasterio por su condición de religiosos aunque de otras Ordenes, y puede darse por seguro que Sigüenza encontraría en sus diarias charlas con ellos, valiosas orientaciones para la formulación de sus juicios y programas artísticos, lo mismo que le pasaría con Juan de Herrera, que le instruiría de no pocas cosas de arquitectura, sin olvidar, a este respecto, lo que comentó Fernando García Rodríguez en su intervención en el Congreso Internacional sobre «Felipe II y las Artes», celebrado en la Universidad Complutense de Madrid en 1998, titulada *Dos estéticas enfrentadas: Juan de Herrera y fray José de Sigüenza.*

Sigüenza, en general, siempre se mostró acorde con las ideas que Felipe II desarrollaba en estas lides decorativas, pues no en balde ambos hubieron de tener en cuenta lo tratado sobre arte e imágenes por el Concilio de Trento, sintetizado por San Carlos Borromeo, el cardenal-arzobispo de Milán. Fue rendido admirador de los grandes maestros del primer Renacimien-

to italiano, sobre todo de Miguel Ángel, y, naturalmente, del Ticiano, el pintor preferido por el rey; y de Felipe II recibió, seguramente, el gusto por la pintura flamenca, sobre todo las del Bosco y de Van der Weyden, y luego, por supuesto, la de los manieristas italianos que comenzaron a llegar en buen número al Escorial, principalmente cuando murió el Mudo, pintor que centró la admiración del fraile. Las formas de Miguel Ángel (de sus «escorzos» no dejaba de hablar) le encantaban y del Greco pensó lo mismo que el rey: que era todo un gran pintor, pero que al haberse adelantado tanto tiempo con su nueva pintura, su estilo no era el más apropiado para provocar entonces la devoción de los espectadores de la época, que era lo que Felipe II, siguiendo a los hermanos Borromeo, buscaba en los artistas italianos, que no siempre acertaron pese a todo, como fue el caso de Zúcaro, que provocó el escándalo de Sigüenza cuando partió del Escorial grandemente enriquecido, pues el monarca le pagó lo estipulado sin una sola protesta, aunque nada más alejado el pintor, mandó a Juan Gómez que rehiciera las caras de las imágenes que había pintado y alguna que otra cosa, lo que fue criticado veladamente por Sigüenza, que decía que con ello ya no se sabía de quien era cada cuadro afectado.

Selina Blasco Castiñeyra en sus varias obras, Annie Cloulas en *Les choix esthetiques de Felipe II, Flandre ou Italie, selon le termoignage de fray José de Sigüenza;* Teresa Díaz en *El entierro de San Lorenzo, posiblemente el mejor cuadro de Juan de Navarrete el Mudo;* Paulina Ferrer (*Un proyecto de Bartolomé Carducho descrito por el P. fray José de Sigüenza);* y Jesús Sáenz de Miera (*Reflejos y ecos de Erasmo y de Juan Vives: fray José de Sigüenza, la guerra y la pintura bíblica del Escorial),* entre otros muchos, se han ocupado de este tema.

Aunque se estima que la escultura no salió bien parada en El Escorial en relación con la pintura... ¡qué calidad la de la utilizada en la capilla mayor con los bronces de Leoni; en el Patio de los Evangelistas con los mármoles de Monegro; en el Patio de Reyes y en la portada principal con los finos granitos de este escultor; y en el transcoro, como colofón, con el a todas luces excepcional Cristo de Cellini! Sigüenza, desde luego, dedicó menos atención a estas producciones que a las pinturas, pero claro está que no se le pasaron por alto. Por lo que toca a las figuras de bronce del retablo del altar mayor de la basílica y de los enterramientos reales de los colaterales, erró al ver en ellas la mano de León y Pompeo Leoni, como si ambos las

hubieran hecho, cuando el viejo padre era ya un anciano que no puso en ellas más que el taller de su famosa casa milanesa de los Omenoni, aparte, eso sí, del prestigio de su nombre. Su hijo Pompeyo, que fue quien contrató la realización, desde el primer momento dejó clara su intención de ser él mismo quien hiciera las figuras, encargando a su padre que mientras llegaba a Milán, fuese preparando el trabajo y realizase las piezas arquitectónicas de bronce que requería el proyecto de Juan de Herrera; pero muy pronto se retiró el padre de toda actividad, luciendo una vez más su pésimo genio. Sin embargo, la afirmación contraria de Sigüenza, multiplicada en su eco irremisiblemente por tantos como le copiaron o plagiaron, ha hecho llegar hasta hoy la idea de que ambos Leoni hicieron el sensacional conjunto de las quince imágenes del retablo, y aún se daba la primacía, incluso inadvertidamente, al progenitor, que era quien tenía más fama. Y por cierto, sobre lo dicho por Fernando García Rodríguez, diré que en la apreciación del conjunto de la capilla mayor, verdadera maravilla del arte y del buen gusto, todo él elegancia y donde se armonizan mejor que en parte alguna las tres grandes artes de arquitectura, pintura y escultura, es tal vez donde el cronista se manifestó más contradictorio con el arquitecto creador, Juan de Herrera, llegando a criticarle abiertamente y a echarle en cara el mal uso que, según el fraile, había hecho de los recursos de la perspectiva, pues decía que el haber realizado más grandes las figuras cuanto más altas estaban colocadas, daba un resultado contrario al efecto buscado.

Al tratar de comentar esta capilla mayor, el cronista no debió de sentirse muy seguro de sus conocimientos, pues comienza como disculpándose de antemano de lo que va a decir, tal vez temeroso de salir malparado de su confrontación directa con el técnico, y dedica unas líneas desacostumbradas al abrir el Discurso XIV de su Descripción, a hacer destacar la dificultad de escribir sobre arquitectura: «¿Cómo es posible, dice, significar la gracia, el ornato, la grandeza, la entereza, igualdad y la unidad y la majestad que todo este edificio representa, si la vista y el buen juicio no lo comprenden? Yo mismo me enfado de escribirlo y jamás me harto de verlo, que esto tiene la arquitectura cuando se escribe. El ejemplo de esto es lo que he dicho en los dos discursos pasados: he querido mostrar lo que está fuera del cuadro de la capilla grande, parte principal de esta fábrica, que tiene tantas cosas, tantas entradas y salidas, pro-

porciones y correspondencias, que creo que se habrá entendido con dificultad, aunque más me esfuerzo y multiplico palabras contra mi natural condición. Lo mismo temo ha de acontecerme ahora que quiero decir lo postrero de lo que dije era el fin, que es la capilla mayor, altar, retablo, custodia, entierros, y sería como milagro acertar a decirlo de suerte que pareciere lo que es».

Con este pararrayos preventivo se lanza a describir la capilla y al llegar al gran retablo pronuncia el veredicto que sin duda le venía mortificando: «El retablo es una valentísima y admirable fábrica *de mucho más valor y estima que apariencia; los jaspes, desde lejos, no lucen mucho, más llegándose cerca descubren bien lo que es: obra real y del ánimo de Felipe II.* Y a continuación viene el gran reproche a la falta de luz, que tan mal le ilumina: *Vése también aquí en este retablo cuán importante es la buena luz, pues con ser las columnas tan grandes y redondas, los cornisamentos de tanto vuelo, las estatuas tan crecidas, tan hermosas y bien doradas, todo sale poco y desde la puerta de la iglesia y desde el coro no parece tiene relieve alguno, sino pegado a la pared... si la luz le ayudara fuera una de las más reales y soberbias fábricas de retablo que se hubiera visto en la Iglesia de Dios.* Y sobre lo dicho de la perspectiva, ya no tiene empacho en acusar al arquitecto: *Son todas estas estatuas de León Leoni y de su hijo Pompeyo Leoni, entrambos artistas de mucho nombre. Dije que las primeras y más bajas, que son las de los cuatro Doctores, son del natural, seis pies, con un zócalo que se les puso pequeño; las de los Evangelistas, de a siete; las dos de Santiago y San Andrés, cerca de ocho; y éstas* (las cinco del ático), *algo más de nueve; y aunque esto pareció ser necesario hacerlo así por la disminución de la vista, miradas desde abajo o desde la mesa del altar: mas como de ordinario no se ven sino desde el coro o desde el medio cuerpo de la iglesia, queda la composición muy fea, porque disminuyen poco menos las bajas que las altas* **y parece que el retablo está al revés: lo de arriba abajo.** *No hay cosa, por mucho que se mire* –concluye su párrafo el comentarista con evidente mala intención-, *que no tenga algún no se qué: tan de su cosecha tiene el hombre el errar después de aquel yerro viejo.*

Pero desde luego, sean cualesquiera que sean las valoraciones, investigaciones y descubrimientos que se puedan hacer de las obras de Sigüenza, éste será siempre, y por encima de todo, el gran historiador del Monasterio del Escorial. No importa que, como muy bien analiza Saturnino Álvarez Turienzo, su deslum-

brante crónica no fuera en realidad bien leída en tiempos pasados por quienes se apoyaban precisamente en ella, «porque aunque parezca extraño, estima Álvarez Turienzo, a Sigüenza se le tenía relegado de hecho. Cierto que siempre figuró para los entendidos como la máxima autoridad. Cuando Francisco de los Santos, Andrés Ximénez, Antonio Ponz, Damián Bermejo... redactan sus descripciones, empiezan indefectiblemente por hacer un homenaje verbal a su antecesor. Esto ocurre, sobre todo, hasta el siglo XIX, cuando los que se ocupan de escribir sobre El Escorial son los menos y lo hacen con un mero interés informativo. Quienes pueden informar sobre El Escorial son gentes entendidas en historia. El P. Sigüenza no ha podido estar nunca relegado por un historiador. Pero desde comienzo del siglo pasado (Turienzo escribía esto todavía en el XX), la literatura de los literatos invade todos los dominios. Esa literatura domina también el campo de dichos sobre el Monasterio bajo la forma de literatura, no de información, sino de impresión. Van los hombres de letras al Escorial, hacen un rápido recorrido por el Monasterio y se ponen a escribir en todos los estilos sus impresiones. Escriben en todos los estilos menos, por lo común, en el de una sólida y verdadera prosa. Y ya tenemos El Escorial traducido, merced a múltiples claves interpretativas, a los gustos personales de cada escritor. Estos intérpretes del Escorial, del P. Sigüenza desconocen, también, por lo común, hasta el nombre».

En el *Elogio* de Juan Catalina García, después de que Marcelino Menéndez y Pelayo señalase «los valores de la prosa del monje jerónimo», es donde pone Turienzo el punto inicial del proceso de rehabilitación del historiador, que ya, a partir de entonces, cobra una fuerza incontenible; y el gran pensador agustino lo explica no sólo por los valores objetivos de la obra cumbre del fraile, sino por el cambio habido en la sensibilidad, pues «ha pasado la época de los cantos o de los vituperios a nuestro monumento... ha dejado de ser punto de fricción o motivo polémico... Pasa con el Monasterio algo semejante a lo que pasa con su fundador. Felipe II ha sido también signo de contradicción. Ahora preocupa conocerle en su realidad, con sus dotes y con sus defectos. Queda un poco defasado el seguir sustituyendo el conocimiento por la reacción personal». En suma, que, como denunciaba Unamuno, cada vez van siendo menos los que se acercan al Monasterio de San Lorenzo con las antojeras de los prejuicios para emitir juicios que querían ser

artísticos y no eran sino políticos. Claro que esta dañina especie no se ha extinguido del todo y todavía quedan recalcitrantes *progresistas* atenazados por la cadena de un pasado de turbio origen.

A buen seguro, que los próximos meses nos van a traer muchas novedades en este aniversario del P. Sigüenza. En todos los sentidos, porque no se olvide que las nuevas generaciones de arquitectos investigadores también han comenzado a rebelarse contra parte de lo contenido en el escrito del fraile y parecen dispuestos a darle guerra, sobre todo en su afán de que todo lo bueno de la obra se debiera a los jerónimos. Si esta crítica se contiene dentro de su buena intención, bienvenida sea y de ella son de esperar buenas noticias, pero si caen en los errores sañudamente reivindicativos que ya se han visto por parte de otros técnicos, poco se habrá ganado. Yo, la verdad, aguardo muy esperanzado el transcurso de este año aniversario de la muerte del gran historiador seguro de que la bibliografía escurialense no va a dejar de enriquecerse.

GABRIEL SABAU BERGAMIN
Cronista Oficial del Real Sitio
de San Lorenzo del Escorial

Gabriel Sabau Bergamín
Cronista Oficial del Real Sitio
de San Lorenzo del Escorial

Querido Luis:

Ahí va mi último artículo. Un abrazo

Gabri